

ABDELÁ TAIA

NOVELA

El Ejército de Salvación



La casa en que nació, en Marruecos, tenía tres habitaciones: una la ocupaba su padre; otra, su hermano mayor; y, en la tercera, Abdelá dormía con su madre, sus seis hermanas y su hermano Mustafá. Un madriguera familiar cálida y sensual. Los niños conocen de cerca el amor de sus padres. Pero el pudor les impide hablar de ello. Abdelá es un adolescente cuando su hermano mayor lo lleva a Tánger de excursión. En ese viaje descubrirá la verdadera naturaleza de su deseo. La pasión que siente por su hermano mayor se ve desairada cuando este se enamora de una mujer. Cumplidos los veinte años, se marcha a Ginebra para proseguir sus estudios. ¡Por fin va a conocer la Europa de sus sueños; los libros, el cine, la libertad que tanto ha ansiado! Pero lo que descubre es la soledad, lejos de su familia. Es un muchacho muy atractivo, y utiliza su poder de seducción. Abdelá Taïa nos relata el itinerario de un chico de nuestro tiempo. La clave de ese itinerario está en armonizar la tradición marroquí con la cultura europea, el desarraigo con el deseo de salir adelante. Denuncia las hipocresías, de manera a veces cruda y a veces tierna, candorosa y maligna, desenfadada y conmovedora.

Para Mohamed, mi padre

I

ELLA DORMÍA SIEMPRE CON NOSOTROS, en medio de nosotros, entre mi hermano pequeño, Mustafá, y mi hermana Rabiaa.

Se quedaba dormida enseguida y sus ronquidos acompañaban noche tras noche y de forma natural, casi armoniosa, su sueño. Al principio nos molestaba, nos impedía entrar tranquilamente en nuestros sueños. Con el tiempo, su música nocturna —por no decir sus ruidos— se había convertido en un soplo benévolo que acompañaba nuestras noches y que incluso nos tranquilizaba cuando las pesadillas se adueñaban de nosotros y no nos abandonaban hasta dejarnos agotados, vacíos.

Durante mucho tiempo, nuestra casa de Hay Salam, en Salé, no fue más que una planta baja de tres habitaciones; una para mi padre, otra para mi hermano mayor Abdelkebir y la última para nosotros, los demás de la familia: mis seis hermanas, Mustafá, mi madre y yo. No había camas en aquella habitación; solamente tres banquetas que durante el día servían como canapés de salón. Vivíamos todo el tiempo en aquella pieza —en la que había también un armario gigantesco, monstruoso—, los unos sobre los otros: allí comíamos, allí preparábamos a veces té a la menta, allí hacíamos los deberes, recibíamos a los vecinos, contábamos historias que no terminaban jamás y, naturalmente, allí se discutía, amable o violentamente, dependiendo de los días, de nuestro estado de ánimo y, sobre todo, de las reacciones de mi madre.

Durante varios años mi infancia, mi adolescencia, lo esencial de mi vida, sucedió en esa habitación que daba a la calle. Cuatro paredes que apenas protegían del ruido exterior.

Un pequeño techo bajo el que vivir, grabar en la memoria, en la piel, aquello que iba conformando nuestra vida: todo era experimentar, sentir y, luego, más tarde, rememorar.

Las otras dos habitaciones nos eran prácticamente inaccesibles, sobre todo la de Abdelkebir. Era el mayor, casi el rey de la familia. El cuarto de mi padre era al mismo tiempo el salón de las grandes ocasiones, la biblioteca, donde alineaba ordenados sus libros en árabe magníficamente encuadernados, y su nido de amor. Allí era donde mis padres hacían el amor, cosa que sucedía al menos una vez por semana. Lo sabíamos. En aquella casa todo se sabía.

Para comunicar a mi madre su deseo sexual, mi padre había puesto a punto sus propias técnicas, sus estrategias. Una de ellas consistía simplemente en pasar la tarde con nosotros, en nuestro cuarto. Él, era un gran hablador, que gustaba de comentar todo, de repente se volvía silencioso. Entonces ya no decía nada, de su boca no salía ni una palabra, ningún sonido. Ni siquiera filmaba. Se acurrucaba en un rincón del cuarto, a solas con los tormentos de su deseo, ya en los prolegómenos del acto sexual, en el goce, con el brazo alrededor de su propio cuerpo. Su silencio era elocuente, pesado, y nada podía quebrarlo.

Mi madre lo comprendía enseguida y nosotros también.

Cuando aceptaba las silenciosas proposiciones de mi padre, era ella quien animaba la velada con sus historias de la aldea y con sus carcajadas. Si estaba cansada, o bien enfadada, también ella se quedaba en silencio. Si su rechazo era claro, mi padre no insistía. Pero en cierta ocasión, humillado, se vengó de ella —y de nosotros a un tiempo (aunque éramos neutrales en sus historias sexuales, o al menos intentábamos serlo)— cortando la electricidad en toda la

casa. Nos privaba así, cruelmente, del programa semanal de variedades internacionales que solíamos ver en la tele con gran atención, y nos puso en el mismo estado de frustración que él. Nadie protestó. Le comprendíamos muy bien. Si no había placer para él, tampoco lo habría para nosotros.

Antes de reunirse con él en su cuarto-salón, M'Barka esperaba a que todos estuviéramos dormidos. Entonces nos dejaba, ya tranquila, para ir a cumplir su deber conyugal y hacer feliz a su hombre. Yo intenté muchas veces seguir despierto para asistir a aquel momento mágico, su salida en la oscuridad hacia el amor. En vano. Por aquel entonces yo no tenía ningún problema para dormir: me metía en la cama y la oscuridad del fondo de mí mismo se volvía casi inmediatamente una pantalla de cine. Se trataba de un regalo de mi madre.

Durante sus noches de amor, los ronquidos de mi madre no estaban allí para acompañarnos, para acunarnos. Para amarnos. A la mañana siguiente, el despertar era duro, nos faltaba algo, pero M'Barka estaba ya de regreso entre nosotros, en su lugar, entre Rabiaa y Mustafá.

De noche mis sueños no solían ser sexuales. Algunos días, en cambio, mi imaginación se aventuraba fácilmente y con mucha excitación por ese terreno tórrido y ligeramente incestuoso. Yo estaba en la cama con mis padres. Mi padre dentro de mi madre. El sexo duro y grande (¡no podía ser más que grande!) de mi padre penetraba la enorme vagina de mi madre. Yo podía oír sus ruidos, su respiración. Al principio no veía nada, todo estaba oscuro, pero al final yo estaba a su lado, mirando desde muy cerca aquellos dos cuerpos que conocía tan bien y no tan bien al mismo tiempo, dispuesto a echarles una mano, excitado, feliz y jadeante como ellos. Mohamed tomaba a M'Barka de inmediato, a veces incluso sin desvestirla. Su unión sexual duraba mucho mucho tiempo. Nunca hablaban y siempre se entregaban con los ojos cerrados. Una perfecta armonía sexual que

se realizaba naturalmente. Estaban hechos el uno para el otro; a todas luces, el sexo era su lenguaje privilegiado, a través del que se expresaba claramente la imagen de la pareja que formaban. Incluso después de haber traído nueve hijos al mundo, su deseo mutuo estaba aún intacto, misteriosa y alegremente intacto.

En mi mente, la realidad de nuestra familia tiene un fuerte acento sexual; era como si todos fuéramos pareja unos de otros; nos mezclábamos sin cesar, sin ninguna culpabilidad. El sexo —y poco importa con quién se practique— no debería darnos miedo nunca. Fue mi madre, por medio de su vida, su placer y sus gustos, quien me dio esta lección que nunca olvidaré y que intento aplicar, a veces ingenuamente.

Muy a menudo, las noches de amor de mis padres acababan en alboroto. Después del amor se peleaban. Ruidosamente. Violentamente. Era siempre la misma historia, que se repetía. Una vieja historia que no se acababa jamás.

Los gritos de mi madre, histérica, poseída, fuera de sí, nos despertaban en plena noche.

«¡Vas a volverme loca! Te lo he jurado cientos, miles de veces. Vino a verte a ti, no a mí. ¿De verdad que no te acuerdas? Quería proponerte que le ayudaras a cultivar sus tierras. ¡Dios mío! ¿Durante cuánto tiempo voy a tener que soportar todo esto, este sufrimiento, estas acusaciones? ¿Toda mi vida? No, no, no... ¡Estoy harta, más que harta! Todo tiene su límite. Yo no puedo soportar todo, tragarme todo, no soy tan fuerte como tú crees. ¿Cuántos años necesitas aún para creerme? ¿Por qué me obligas a justificarme permanentemente, a volver una y otra vez a lo mismo, a la misma historia? Yo no te engañé. Lo sabes, ni con él ni con ningún otro. ¿Quieres que te lo jure? ¿Sí? Ya lo he hecho antes, de todos modos; no me molestaría volver a hacerlo... ¿Quieres? No te acerques a mí... No... Déjame tranquila, ya te he dado lo que querías. Mi cuerpo te pertenece, pero eso no es motivo para que lo maltrates así. ¿Por

qué te ensañas así conmigo? ¿Qué es lo que te he hecho exactamente? Después de todo, soy la madre de tus hijos, ¿acaso lo has olvidado...? ¡Sé razonable! ¡Piensa en Dios, en el Profeta! Todo esto pasó hace mucho mucho tiempo, casi en otra vida... Ni siquiera me acuerdo precisamente de cuándo y además, bien poco importa... No te acerques a mí... Déjame... No, no cojas el cinturón, eres incapaz de pegarme, ya lo sabes, no eres de ese tipo de hombres, déjame escapar... Déjame salir... ¡Socorro! ¡A mí!».

Acababan de casarse. Mi padre nunca estaba en casa. Buscaba trabajo por los pueblos de alrededor. M'Barka se quedaba sola durante varios días en la casa del poblado de tiendas de Ulad Brahim, que no quedaba muy lejos de la «granja» de su cuñado. Para ninguno de ellos era su primer matrimonio. Mohamed se había casado con tres mujeres antes de encontrarse con mi madre. Ninguna de ellas le había parecido conveniente a su hermana Masauda, quien decidía todo por él. M'Barka era ya viuda y madre de una chiquilla de un año cuando Mohamed se presentó en casa de su padre para pedir su mano. Tanto uno como otro conocían bien la vida y sus trampas. Habían experimentado ya el amor y sus problemas. No parecían sentirse víctimas de nada. Ahora deseaban una familia de verdad y para siempre.

Un día, Mohamed volvió a casa antes de lo previsto. Era día de zoco, un miércoles. Traía una cesta llena de legumbres y de fruta fresca, de carne roja y de menta. Se sentía feliz, orgulloso. Iba a encontrarse con su mujer. Había ganado dinero. Se sentía un hombre, el hombre de M'Barka. Para su desgracia, Saleh, el primo de mi madre estaba allí, en su casa. Peor aún: también él había llevado una cesta llena hasta los topes de vituallas. Mohamed nunca había podido soportar a Saleh, que le parecía vulgar y malvado. M'Barka y Saleh estaban sentados uno al lado del otro. Sus rodillas se tocaban. Estaban bebiendo té a la menta. Reían. Casi jugaban, como juegan los niños a estar casados. Cuando Mohamed entró en casa, M'Barka se alejó un poco de su

primo. Mi padre reparó en ello. E inmediatamente concluyó que durante su ausencia algo había sucedido entre ellos. La intimidad de los primos le molestaba en el más alto grado; de repente, se sintió asqueado, enfermo. Pero era preciso hacer frente a aquella desagradable sorpresa, a aquella terrible situación, a la duda, a los celos que habían surgido instantáneamente en él cuando los había sorprendido tan cerca uno de otro. A pesar de todo, tenía que acoger amablemente a Saleh; se trataba de un pariente. Un miembro de la familia al que Mohamed no solo no apreciaba, sino al que nunca habría invitado. Saleh se permitía estar a sus anchas, como si se tratara de su propio reino, y eso volvía loco a Mohamed.

—¡*Salam aleikum*, primo de mi mujer!

—¡*Wa aleikum salam*, marido de mi prima!

—Da la impresión de que estáis muy contentos... Los vecinos casi podrían oír vuestras carcajadas... y sospechar algo no muy bueno... sobre todo cuando se supone que yo no estoy en casa...

—M'Barka y yo hemos estado siempre muy unidos. Hemos crecido juntos, juntos hemos jugado, juntos hemos hecho tonterías.

—¿Y qué es lo que os hacía reír tan escandalosamente? ¡Decídmelo, que yo también quiero reírme con vosotros!

—Oh, bueno, todo y nada, las anécdotas del pueblo..., nuestros juegos de infancia, los recuerdos... Y es que, como sabes, las anécdotas de la aldea son tan divertidas... M'Barka y yo hemos vivido tantas cosas juntos... Podríamos pasarnos días y días contándonos nuestros recuerdos comunes.

—Bueno, pues... Ya veo que estoy de sobra, voy a dejáros con vuestros chistes, con vuestra complicidad intacta... Me duele la cabeza, voy a acostarme. Hasta la vista.

Mohamed entró en el dormitorio, cerró con violencia las ventanas y dio un portazo. El mensaje era claro. M'Barka se

refugió en el silencio. Saleh volvió enseguida a su poblado. Jamás volvió a casa de mi padre a ver a su prima.

Yo nunca conocí a Saleh. Y, sin embargo, estaba muy presente en nuestra vida. Su nombre, tan hermoso y dulce, resuena todavía en la casa de Hay Salam, tal como fue pronunciado, gritado, insultado, maldecido. Saleh era la fuente de un malentendido absoluto, una herida abierta por siempre jamás, un mal definitivo. En la mente de mi padre era una traición. El fin de una determinada idea del amor y el comienzo de una sexualidad desbordante, violenta e impúdica.

Desde aquel día maldito, M'Barka nunca dejó de justificarse, de volver a contar su versión de la historia, de explicar, de analizar los más pequeños detalles, de proclamar repetidamente su «inocencia» frente a las acusaciones de mi padre. Mohamed estaba descubriendo el mundo de los celos y se quedaría en él para toda la vida.

«No, no y no... Yo nunca me he acostado con Saleh. Jamás. Deja ya de torturarme, de ensuciarme de este modo delante de los niños. ¿Qué van a pensar de mí ahora los vecinos, tanto los buenos como los malos? Van a decirse: Quién lo hubiera pensado de ella..., por algo dice el refrán que hay que desconfiar del agua que duerme... ¿Yo, una mujer sin honor? ¿Una mujer que traiciona, una puta? ¡Jamás en la vida —¿me oyes, me estáis • oyendo todos?—, jamás en la vida! ¿No me crees? ¿Quieres que te lo jure sobre la cabeza de mi padre? ¿Quieres? Pero ¿para qué? Ya lo he hecho antes y eso no te ha impedido volver a la carga, repetir tus palabras asesinas, continuar matándome a fuego lento... Mira, puede ser... puede ser que él tuviera ganas... que tuviera ganas de acostarse conmigo, pero yo no, yo no, ¿me oyes? ¿Quieres que te lo repita? YO NO... Nunca le di ocasión de ir más allá; ni a él ni a ningún otro, por cierto... Vas a volverme loca... y tú estás loco, loco, loco... Cálmate... deja que la sangre se te enfríe un poco... Por favor, no dejes que el diablo nos separe, que nos aleje

uno del otro. Piensa en nuestro santo Sidi Mulay Brahim... Ven aquí... Nunca hubo nada... Lo juro sobre la cabeza de mi padre. Y lo juraría sobre la tumba de Sidi Mulay Brahim si tú quisieras».

Lo oíamos todo. La voz poderosa de M'Barka llenaba todo el espacio y llegaba muy lejos, todos percibíamos los más mínimos detalles de su historia, tanto los cercanos como los lejanos, los amigos como los enemigos. Al principio no nos atrevíamos a intervenir, a mezclarnos en aquella historia tan vieja, tan íntima, tan complicada. Pero en el preciso momento en que Mohamed cogía su cinturón para pegar a M'Barka, alertados por los gritos alocados de mi madre, corríamos todos a socorrerla. Nos reuníamos en el patio con los ojos rojos de sueño, avergonzados, asustados, al borde de las lágrimas, para decidir qué hacer. Todos nos temíamos lo mismo, que en un ataque de locura la matara. En cada ocasión, Abdelkebir intentaba abrir la puerta por la fuerza. Siempre estaba cerrada con llave.

Mi madre gritaba como si fuera a morir, como si mi padre estuviera a punto de plantarle en pleno corazón el gran cuchillo con el que sacrificaba el cordero durante el Aid el-Kebir, y hacer realidad nuestros peores temores. Cada vez estábamos al borde de la tragedia. Es tan fácil pasar del drama a la tragedia. Felizmente, los santos que M'Barka no dejaba de invocar intervenían por fin en nuestro favor y nos enviaban un poco de su paz.

M'Barka sabía aullar muy bien, y tenía razón: era eso lo que siempre la salvaba.

La histeria es una enfermedad que conozco muy bien.

A veces intervenían también los vecinos más cercanos a nuestra casa. Llamaban a nuestra puerta y preguntaban a quien les hubiera abierto: «¿Qué le pasa a vuestra madre? ¿Vuestro padre la sigue maltratando?». ¿Qué responder a tal hipocresía? ¿Cómo defender el honor de mi madre? ¿Y el de mi padre? ¿Qué decir a aquellas gentes que jugaban

a ser salvadores y, sin embargo, se apresuraban a divulgar los rumores más monstruosos sobre nuestra familia?

No, mi padre no maltrataba a mi madre. Su historia de amor era así, compleja, violenta, torturada. El amor verdadero, el que dura y supera el paso de los años, se vive siempre de esa forma, apasionadamente, con locura. Mohamed nunca pegaba a mi madre, solo lo simulaba; sabía que era incapaz de hacerlo. Levantaba la mano, claro, pero nunca llegaba hasta el final. Mi madre, por supuesto, exageraba al máximo sus gritos. Como buena actriz, lo había comprendido todo sobre la interpretación teatral.

¿Cómo hacerla salir? ¿Cómo sacarla de aquella prisión y de aquel paraíso, lejos de los furiosos celos de mi padre, lejos de aquel ángel convertido en demonio? ¿Cómo recuperarla sana y salva, y volver a llevarla a nuestro cuarto, a nuestro hogar, entre nosotros?

Sin necesidad de ponernos de acuerdo, todos empezábamos a golpear la puerta, a llorar, a suplicar a Mohamed que por aquella vez le perdonara la vida, solo por aquella vez. Golpeábamos con fuerza. Y gritábamos. Y terminábamos siempre por echar abajo la puerta, que con el tiempo se había vuelto frágil, vacía por dentro. Una puerta sin tripas, un marco vacío.

Nos los encontrábamos allí, avergonzados como dos niños sorprendidos en sus juegos más prohibidos, mi padre vestido solo con un calzón largo, y mi madre casi desnuda con su camisón transparente. Entonces Abdelkebir acudía a liberarla. Mohamed no decía nada, dejaba hacer a su primogénito. Abdelkebir rodeaba a M'Barka con sus brazos, como para cubrirla, y la conducía de nuevo a nuestro cuarto. Nosotros nos poníamos en procesión tras ellos y los seguíamos hasta nuestra morada. Un poco después, sin haber dicho una sola palabra, apagábamos las luces y fingíamos dormir.

De nuevo el silencio. Un silencio absoluto, denso, agitado. Instantáneo.

En la oscuridad, algunos minutos después de aquel desenlace provisional, el humo de los cigarrillos de Mohamed atravesaba su cuarto y el patio y llegaba hasta el nuestro, transportando consigo su desasosiego, su remordimiento y, a veces, su llanto. ¡Por fin nos hablaba Mohamed! Se le consideraba muy sexual, pero en realidad era ante todo un sentimental.

Mohamed no era mal padre. Simplemente, estaba enamorado. Y para mí eso lo justificaba todo.

En aquella época, yo estaba convencido de que M'Barka decía la verdad. Saleh no era más que su primo y nada más. Yo era incapaz de imaginármela con él poniendo los cuernos a mi padre.

A día de hoy, desde lejos, me digo que todo es posible.

II

ÉL ESTABA AQUÍ antes que yo. Mucho antes.

Nació en el campo, en Beni Mellal, dos años después de la boda de mis padres. ¡Su primer hijo! ¡Un chico!

La vida de familia empezaba con buenos auspicios. Un chico constituye, pase lo que pase, un signo positivo, sinónimo de buena fortuna, de riqueza, de felicidad.

Era el primero, el primogénito indiscutible. Mohamed y M'Barka no dudaron mucho tiempo acerca de qué nombre ponerle: Abdelkebir. ¡El siervo del más Grande! Sabían, en el fondo de su ser, que más pronto que tarde iban a tener más niños, otros siervos, pero que este les resultaría siempre especial, el símbolo de su familia, su futuro, su propio apellido que seguiría viviendo aún durante muchos años.

Gracias a Abdelkebir, mi madre obtuvo por fin, y definitivamente, su legítimo lugar en el seno de la gran familia Taïa.

Mi padre decidió festejar el nacimiento. Ahora le llegaba un verdadero cambio de vida: sus días y sus noches ya no serían iguales. Sin embargo, una nueva luz alumbraba su mundo de un modo palpitante, excitante, feliz.

Una gran fiesta, sí; era imprescindible una gran fiesta.

Por aquel entonces, Mohamed vivía aún en casa de sus padres, con su hermana Masauda, que nunca llegaría a casarse, y su hermano mayor El-Buhali, casado desde hacía tiempo. El-Buhali aún no le había declarado la guerra. Más tarde, renegaría de mi padre pura y simplemente con la presunción de que, si ambos no eran del mismo padre,

Mohamed, hijo del pecado, no tenía ningún derecho sobre la herencia. El-Buhali se lo quedaría todo. Mohamed se vería de nuevo sin nada. Por el momento, una cierta unidad reinaba en la casa familiar. Eran todos ellos más o menos jóvenes todavía y el dinero no era su principal obsesión. Solamente el placer (de vivir, de hacer el amor, de comer) les importaba. El placer de estar simplemente allí, capaces de ser felices juntos. El placer por principio, como guía.

M'Barka invitó a toda su aldea a la fiesta. Vino todo el mundo a celebrar con ella su nuevo comienzo en la vida; solo la familia de su primer marido, muerto en la guerra, que le había quitado la custodia de su hija Amina en cuanto se volvió a casar, no se había dignado venir; pero no fue algo que la sorprendiera. M'Barka insistió en invitarlos a pesar de todo. Las guerras entre clanes familiares era algo que ella había sufrido hacía demasiado tiempo. Desbordante de alegría, de optimismo, deseaba reconciliar a todo el mundo durante la fiesta. Olvidó el mal que le habían hecho e intentó olvidar la capacidad de los demás para practicar el mal fácilmente y sin remordimientos. Se engañaba, evidentemente. La felicidad de unos no hace surgir necesariamente la felicidad de los otros.

Mohamed compró un cordero, una vaca y una docena de gallos. Quería comprar también un camello, pero M'Barka se lo impidió: le daba miedo el mal de ojo. Sabía de ciertas mujeres de la aldea que eran capaces de ello. Tenía la fuerte sospecha de que iban a hacerle un hechizo, inevitablemente. La envidia de los demás, incluso cuando no se tiene nada, era algo a lo que estaba acostumbrada, y sabía cómo alejarla, cómo alejarse de ella.

La llegada de Abdelkebir había de festejarse. Era preciso dar un sentido festivo a su venida al mundo, pero, al mismo tiempo, debía permanecer protegido.

Como todas las mujeres marroquíes, M'Barka tenía su «maestro», con quien podía contar en caso de peligro. Se llamaba simplemente El-Hadj, un anciano conocido por su